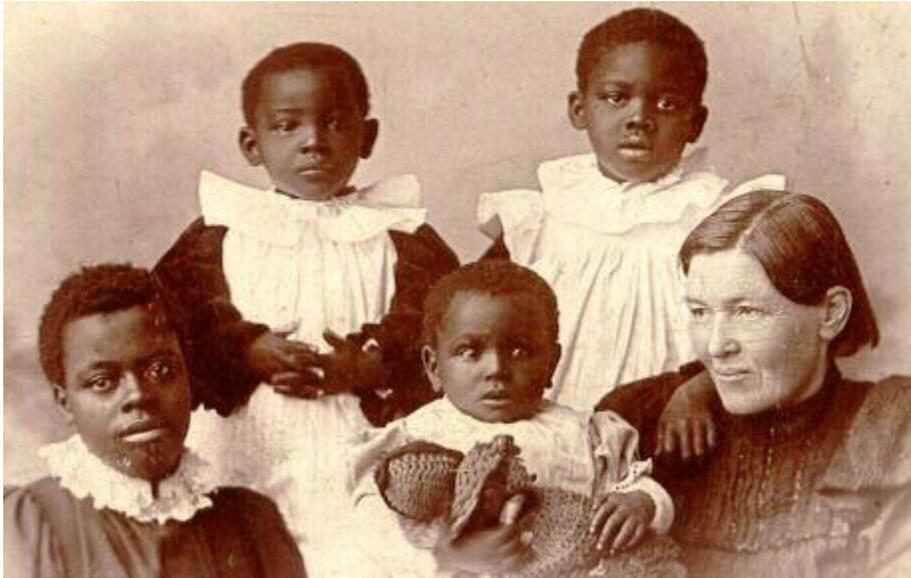


María Slessor: Misión África



La historia de la batalla de María Slessor de llevar el Evangelio y la civilización al “Continente Oscuro”.

El lugar es el río Calabar en la costa de esclavos de África. El tiempo es una tarde en septiembre de 1876. Un buque de vapor oxidado está en camino hacia la boca del río Calabar. Esta parte de África es conocida como “la tumba del Anglo”, y sólo un tonto podría venir aquí sin tener miedo. La tierra a pocos kilómetros de la costa está inexplorada. Elefantes asesinos y leones, enjambres de insectos, brujos y caníbales viven allí. Entrar en esa tierra implicaría la muerte.

La vida vale poco a lo largo del Calabar. La esclavitud es común y matar a una mujer o a un esclavo no significa nada. Si una familia tiene demasiados hijos, simplemente dejarán al niño no deseado en los arbustos para que muera. Se cree que el nacimiento de gemelos es una señal maligna. Los bebés gemelos son cruelmente asesinados, y su madre es expulsada de su hogar para que muera en la selva.

No hay respeto para la verdad y la honestidad aquí. “Hacer el bien” sería una frase sin sentido, porque estas personas no comprenden lo que es correcto. La ley de la jungla es “haz lo que te sea posible”. Por esta razón, la gente vive sus cortas vidas en el temor y en la suciedad.

El barco se detiene ancla río arriba en el Río Calabar al lado de un pueblo peligroso. Ese pueblo se llama Duke Town. La estación misionera de Duke Town es el destino para la única mujer que está viajando a bordo del buque de vapor. María Slessor viene de Escocia para servirle a Dios en este clima severo. Un pequeño barco de la misión viene junto al buque de vapor y la lleva a la orilla.

María Slessor tiene 29 años de edad. Ella viene de una familia pobre. Su padre era un borracho, pero su madre era una mujer de Dios. Desde que tenía 11 años, María se ha ganado la vida trabajando en fábricas doce horas al día, seis días a la semana. A pesar de las circunstancias difíciles, ella le ha servido a Dios fielmente en Escocia, y las dificultades la han ayudado a prepararse para servirle ahora en África.

Los misioneros de Duke Town han tenido cierto éxito en las regiones costeras. Han construido una escuela, un hospital, un orfanato y una capilla en la estación misionera. A través de sus predicaciones

y las enseñanzas han logrado detener algunas de las peores prácticas paganas. Los líderes de las aldeas están empezando a darse cuenta que lo que ellos llaman “la ley de Dios” (las enseñanzas de la Biblia) tiene sentido. En cualquier domingo hay varios cientos de nativos en los servicios.

Así era la situación cuando María Slessor comenzó sus labores enseñando en la estación de misioneros y visitando en la costa y aldeas cerca del río. Tan pronto como María aprendió los dialectos locales, dejaba de usar a un traductor. Le dijeron que era peligroso viajar sola, pero ella se dio cuenta que podía llegar a conocer mejor a la gente de esta manera.

Cuanto más lejos María viajaba de la estación misionera, mayores necesidades encontraba. Ella les contó las buenas nuevas de Cristo a los nativos. Les urgía a dejar de adorar los cráneos de hombres muertos y de no tenerle miedo a los “espíritus malvados”. La nueva misionera enseñó: “No maten a las esposas y a los esclavos del ‘hombre grande’ cuando este muere. Ellos no pueden ayudarlo en la próxima vida”. Ella les enseñó a las mujeres mejores maneras de preparar la comida y de mantener sus hogares e hijos limpios.

A veces, por la noche María se quedaba despierta, acostada sobre el piso de tierra en alguna aldea costera. “Oh, Señor”, ella oraba, “Te doy gracias por poder traerle tu Palabra a esta gente. Pero Señor, hay otros pueblitos en la selva donde ningún hombre blanco ha ido. Ellos también necesitan a Jesús. ¡Ayúdame a alcanzarlos!” Luego, cada vez que tenía una oportunidad, le preguntaba a otro misionero o a otro nativo sobre la posibilidad de ir a estas aldeas. La respuesta siempre era la misma. “No, sería asesinada. No puede alcanzarlos”.

Su peor enemigo siempre fueron las enfermedades tropicales que muchas veces sufrió. Había muchas veces cuando parecía como si estuviera a punto de morir, pero ella se mejoraba. Fue una verdadera tentación abandonar esta zona enfermiza y regresar a la fresca bruma de Escocia.

La misionera escocesa volvió a su país por un breve descanso, pero pronto regresó a África. Estaba emocionada al saber que ahora estaría sola en un pueblito. Su nuevo hogar se llamaba Old Town, cierta distancia río arriba de Duke Town.

Lo primero que vio en Old Town fue un cráneo humano colgado de un palo que oscilaba en frente de la casa de reuniones del pueblito. Cada choza tenía sus propios pequeños dioses. La casa de María era una choza hecha de barro junto a la de un comerciante.

La mayor parte del tiempo María pasaba tratando a los enfermos, enseñando la Biblia, y visitando a los vecinos. María llegó a ser conocida en toda la zona por su consejo sabio y justo. Había un jefe cristiano, el Rey Eyo Honesty, el Sexto, que a menudo le pedía consejo a María para tratar con hombres blancos. Ella, a la vez, le pedía consejo a él para tratar con los nativos.

María tuvo éxito en Old Town, pero también estaba profundamente cargada por la remota tribu Okoyong que nunca había escuchado el evangelio. ¿Cómo podría ella llevarles el amor de Cristo a estas personas también? Ellos valoraban sólo tres cosas: las armas para tener poder, las cadenas para mantener a sus esclavos y el licor para embotar sus mentes. Pero Dios la estaba guiando allí, y María estaba dispuesta a confiar en Dios para que Él le mostrara cómo ganar a esta gente salvaje para Cristo. María oró por la dirección de Dios. Por fin, en junio de 1888, ella anunció discretamente que iría río arriba a solas y encontraría un lugar donde ubicarse. “Morirás, morirás”, le dijeron sus amigos. Lloraron ante la probabilidad de que se fuera.

El rey Eyo Honesty dijo que si ella quería ir, él la enviaría como una “persona grande” en su propia canoa especial. Era la canoa más prestigiosa de todo Calabar. María aceptó la oferta de Eyo y se embarcó a la tierra del Okoyong. Cuanto más avanzaban, más sus veinte remeros querían regresar. Le temían al Okoyong, pero el Señor estaba con el grupo, y llegaron con bien. El Señor también había preparado el corazón del jefe del primer pueblo que encontraron. María era la primera ajena a quien se le permitía vivir allí. El jefe también dijo que podría construir una escuela.

Esta área era mucho más perversa que cualquier otra que María hubiera visto. El pueblo sólo respetaba la venganza y la crueldad. Para un pueblo que no sabía lo que era el amor, María trajo el amor de Cristo.

Este fue un tiempo difícilísimo para la misionera. Casi no pasaba ni un día sin que tuviera una crisis grave. María sabía que no podía esperar que sus vidas cambiaran de inmediato, pero no podía simplemente quedarse viendo a estas personas hacer el mal. Tenía poco descanso y su salud estaba deteriorando. Pero siempre estaba allí cuando la necesitaban.

Cada vez que María se enteraba de algún problema, se lanzaba al escenario. Mientras se acercaba, los hombres se preparaban para la guerra. Compartían entre ellos licor, bailaban y se gritaban amenazas del uno al otro. Estaban a punto de entrar en guerra, y sus lanzas y escudos brillaban bajo el sol. Los cráneos y los cueros cabelludos de las víctimas anteriores se movían de los postes.

Justo cuando los dos lados estaban a punto de arrojarse a la batalla, ellos veían a una mujer pequeña, aparentemente tranquila, de pie sobre el tronco de un árbol entre ellos. "Fuera del camino, Ma. ¡Luchamos!"

Ella ignoraba al guerrero que gritaba.

"¡Fuera del camino! ¡Tú también morirás, Ma blanca! ¡Vete!"

"¡Dispara si te atreves!" respondía ella.

Cuando los dos lados venían para quitar este obstáculo de cabello gris, María sabía que ella había ganado. Ella los regañaba como niños, les rogaba que mostraran misericordia, o sugería que se trasladaran a la sombra de un árbol para hablar. Ella tejía mientras ellos hablaban, y lograba hacer mucho tejido. Después de horas de hablar, los hombres estaban más tranquilos y demasiado cansados para pelear. Se iban a casa sin derramamiento de sangre.

Las noticias de un problema eventual a veces llegaban demasiado tarde para que María llegara a tiempo. Si esto sucedía, ella iba a su mesa, sacaba un pedazo fino de pergamino, y rápidamente hacía grandes marcas en todo. Luego lo sellaba con cera y lo ataba con una gran cinta roja. Un corredor despachaba este importante documento hasta donde ellos estaban a punto de comenzar la pelea. Los garabatos de María no eran más que tonterías, pero ninguno de los Okoyong podía leer. Los guerreros pasaban el día perplejos sobre la importante pieza de papel enviada por "Ma blanca". Seguían estudiando el documento hasta cuando María llegaba en persona para resolver la disputa.

Después de un tiempo, María se dio cuenta de que mientras los Okoyong no tuvieran otra cosa que hacer, se emborracharían, y la embriaguez siempre los conduciría a la lucha. "Tal vez", pensó, "si supieran que hay algo mejor, esto se detendría".

María mostró sus mejores posesiones: un paño, una tetera y una vieja máquina de coser. A los Okoyong les gustaba lo que veían. "Puedes tener cosas más agradables que estas si le llevas el aceite de palma y los ñames al comerciante", les dijo.

"Estas cosas que usted tiene - - muy agradable", dijo un jefe. "Pero no es bueno. Los comerciantes tener miedo venir aquí. No bueno para nosotros ir allá. Los dioses del río matar a nosotros".

"Yo les acompañaré". "Estarán a salvo."

“No. Mucho malo.”

María les contó de las cosas maravillosas de río abajo. Finalmente acordaron ir y cargaron una canoa. Los jefes y los guerreros temblaron de miedo mientras y viajaron hacia Duke Town y Old Town.

El rey Eyo organizó una gran fiesta para los jefes que lo visitaban. Les mostró las cosas buenas que podrían tener si, renunciaran a sus viejas costumbres. Les dijo que el Dios de la "Ma blanca" era el Dios verdadero. Eyo era amable con los pobres y retrasados jefes Okoyong. Antes de que se fueran, les entregó a cada uno de ellos unos regalos, incluyendo telas finas. Los Okoyong no podían creer su buena fortuna.

Como resultado de estas reuniones, la región de Okoyong se abrió a los forasteros. María había logrado lo que los comerciantes, los soldados y los diplomáticos no habían podido hacer durante cuatrocientos años. Había ahora una razón para un trabajo honesto. Esta experiencia fue un punto crucial en la vida de la gente Okoyong.

Con el tiempo, muchos Okoyong llegaron a aceptar el Evangelio. Libres de sus temores paganos y embriaguez, ahora podían comprender el amor de Dios por ellos. Los ídolos desaparecieron de las aldeas y en su lugar se construyeron pequeñas iglesias. Se estableció un sistema judicial para resolver las disputas, y María fue nombrada como la primera juez.

La civilización vino más rápidamente al Okoyong que a las regiones costeras. Durante cientos de años los comerciantes blancos de la costa habían tratado de obligar a los nativos a cambiar. No fue hasta que el Evangelio cambió el corazón de la gente que el verdadero progreso se realizó.

En cuanto a María, sintió un jalón en su corazón por la región más allá del Okoyong. Los creyentes en Okoyong protestaron, "Te amamos, no te vayas". A María le encantaba la gente de Okoyong, tal como había amado a la gente de Old Town. Pero su llamado era: "¡Adelante, no debo mirar hacia atrás!"

La reputación de María como una gran y sabia mujer y como una juez justa y honesta había ido antes que ella a la tierra de los Azo, una temida tribu caníbal. Al principio la gente Azo parecía mostrar poco interés en su mensaje, pero pronto muchos aceptaron a Cristo. María informó que había un pueblo que tenía doscientos convertidos. Ninguno de ellos podía leer, por lo que les pidió a los pastores que vinieran a instruir a los nuevos cristianos.

Con el tiempo que le quedó, María hizo todo lo que podía. Caminaba por las sendas hasta que estuvo demasiada viejita y débil para hacerlo. Algunos amigos escoceses le enviaron una carreta para que ellos la pudieran llevar a las aldeas. Le pidieron a María que fuera a Escocia para descansar. Ella quería, pero en lugar de eso oró para que Dios le diera la fuerza para terminar el trabajo entre los caníbales. La fuerza llegó y ella trabajó más rápido y más duro.

Dos años después, en enero de 1915, el Señor llevó a María al cielo para estar con Él.

Un barco del gobierno fue enviado para llevar su cuerpo río abajo a la ciudad de Duke Town. Fue enterrada en la ladera de una colina por la estación de la Misión donde había servido por primera vez.

El grupo que se reúne en ese cementerio es un testimonio de la vida de María Slessor. Hay altos funcionarios del gobierno que descubrieron que podían confiar en el consejo de esta mujer. Un digno jefe tribal, una vez un caníbal, se encuentra allí. Él consideraba a la "Ma blanca" un amigo fiel. Hay un joven a quien María atendió cuando tenía fiebre allá. Hay gemelos que habrían sido asesinados al nacer si ella no

hubiera venido. Cuando miran desde su tumba a la tierra que les rodea, ven un país que María Slessor reclamó para Cristo mientras estaba de pie en la cubierta de un buque de vapor oxidado casi cuarenta años antes.

Esta tierra no puede ser la misma otra vez, ni ellos tampoco.

- De un artículo de Faith for the Family